

Siempre la primera lectura y el Evangelio tienen un tema común. En nuestras lecturas de hoy hay una idea que es común a las tres: Dios nos llama a todos nosotros; todos nosotros tenemos un propósito en el plan de Dios. En la primera lectura oímos acerca de la llamada de Abram. Abram, o Abraham como vino ser llamado, es el gran ejemplo de un hombre de fe. Él aún es llamado el padre de las tres religiones: la religión judía, la religión musulmana, y la religión cristiana. ¿Por qué le llaman a Abraham de ésta manera? La respuesta es simple: porque Dios le dijo: «Deja,» y «Partió Abram». En la segunda lectura de la segunda carta a Timoteo se nos recuerda nuestro propósito: « . . . Dios es quien nos ha salvado y nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida, no porque lo merecieran nuestra buenas obras, sino porque así lo dispuso él gratuitamente». En el Evangelio vemos a Moisés y Elías representar la ley y los profetas, las dos partes más importantes del Antiguo Testamento. Vemos con Jesús, y oímos la voz decir, «Este es mi Hijo . . . ; escúchenlo».

Ahora ¿qué hemos estado escuchando a Jesús decir durante estas semanas pasadas? Nosotros le oímos llamar a sus primeros discípulos y entonces oímos unas selecciones de su gran Sermón en el Monte. Nosotros le oímos decir a un grupo de pescadores, «Sígueme y los haré pescadores de hombres». Nosotros le oímos hablar de los que son supremamente felices, o «dichosos». Jesús nos dijo que aquellos que saben que necesitan a Dios, los que con Dios el Padre mismo lloran por la maldad y el dolor y el sufrimiento en este mundo, los que, como Jesús, son pacientes y bondadosos, y los que «tienen hambre y sed de justicia,» por ejemplo, ellos son los que son dichosos. Le oímos decir que nosotros, sus seguidores, somos la «luz del mundo» y debemos dejar que nuestra luz brille para que otros puedan ver lo bueno que hacemos y así «den gloria a su Padre, que está en los cielos». Nosotros le oímos llamarnos a una moralidad más alta que simplemente obedecer los mandamientos; él nos dijo que la manera en la cual pensamos dentro de nuestro ser más íntimo revela qué clase de persona que somos. Debemos ser gente amorosa y misericordiosa, incluso a amando a nuestros enemigos. Nosotros le oímos decir, No deje que su deseo por la comida y la ropa dominen su vida, sino «busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se les darán

Homilía del 20 de marzo de 2011

por añadidura». Y luego hace dos semanas le oímos decir, «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a un hombre prudente, que edificó su casa sobre roca. Vino la lluvia, bajaron las crecientes, se desataron los vientos y dieron contra aquella casa; pero no se cayó, porque estaba construida sobre roca».

¿Cómo hemos escuchado las palabras de Jesús? Lamentablemente, a menudo oímos el Evangelio con un solo oído. Nos bombardean con mensajes. Proviene de la televisión, la radio, iPods, Blackberries, periódicos, anuncios sin fin. Vienen de las tensiones de nuestras propias vidas mientras tratamos de encontrar nuestro camino en un mundo confuso. Además, oímos hablar de la devastación y la guerra por todo el mundo: el terremoto, el maremoto, y ahora el peligro de la radiación en Japón, la guerra en Egipto, Libia, y en todo Medio Oriente, la guerra y la pobreza en África, y la guerra contra las drogas y las guerras civiles y la pobreza en partes de América del Sur y Central y ni hablar de las divisiones políticas y las injusticias y la pobreza en los Estados Unidos.

En tal ruido me preocupo que las palabras de Jesús se ahoguen. A menudo escuchamos las palabras de Jesús sólo cuando experimentamos una tragedia personal.

Hace un poco más de dos años, mi nieta mayor parecía tener todo a su favor. Tenía éxito en la escuela y estaba terminando el primer semestre de su último año en la universidad. Ella había visitado a sus padres durante las vacaciones de Acción de Gracias y, cuando regresaba a la universidad en un carro pequeño, ella tuvo una colisión frontal con un vehículo todo-terreno enorme. Gracias a Dios, nadie murió. Ella fue la única herida: su pie derecho fue aplastado y se rompió una pierna. El médico dijo que tuvo que reconstruirle su pie; ahora tiene once clavos metálicos en él.

Les cuento ésta historia para decirles lo que ella me dijo el verano pasado. Dijo, «Abuelo, mi accidente fue una bendición. Soy una persona muy diferente de la persona que era antes. No quiero decir que había nada en mí de la persona que soy

Homilía del 20 de marzo de 2011

ahora, pero esa parte no era la parte principal. Ahora sé lo que es importante. Mi meta en mi vida ahora no es hacer dinero sino ayudar a la gente». Mi nieta también estaba enamorada de un joven muy brillante y tiene un trabajo que le llevará a muchas partes del mundo; lo más probable se convertirá en un hombre muy rico. Ella rompió esa relación porque, como me dijo, «nuestros valores son demasiado diferentes». Ella está preparando para trabajar como trabajadora social con niños en un hospital.

Mientras mi nieta estaba en el hospital, tenía el tiempo para escuchar las palabras de Jesús. Ella lo escuchó llamarla a servirlo en sus hermanos y hermanas pequeños. ¿Qué está él llamándolos a ustedes a hacer? ¿Son sus palabras ahogadas por el ruido dentro y fuera de nosotros? ¿Encontramos tiempo para escuchar? Observen que dije «encontrando tiempo,» porque si no encontramos ese tiempo, nunca existirá. Mi plegaria para ustedes y para sí mismo es que encontremos un lugar de tranquilidad y oración para que podamos escuchar las palabras de Jesús.